



# MI MEJOR MEDICINA

T. RUBIO



# **Mi mejor medicina**

© T. Rubio, 2018  
Todos los derechos reservados.  
Imagen de la portada: Pixabay  
ISBN: 978-1721149032

*A todos aquellos niños y todas aquellas niñas, que se ven obligados y obligadas a estar en hospitales, cuando deberían estar regalando frescura y deliciosa inocencia allá por donde van.*

*¡Qué nada les impida jugar!*

*Hay demasiada vida en todos los niños y todas las niñas... Y eso nunca se debe perder.*

## Capítulo 1

### *Mi mejor medicina.*

—¡Ya despiertas de la anestesia! —dijo animada mamá Rachel.

—Hola, mamá —murmuró Alice, aún bastante atolondrada—. ¿Qué tal ha ido todo?

—Todo ha ido muy bien. El médico ha dicho que te pondrás de maravilla muy pronto —apostilló mamá Rachel, cogiéndola de la mano—. Te trajeron a planta y aquí descansarás hasta que te recuperes.

Alice, todavía se sentía bastante adormecida por el efecto de la anestesia. Se frotó los ojos y se fijó en la habitación. Era una habitación pequeña. A su izquierda había un sofá, donde estaba sentada su madre, Rachel, tan cariñosa y amable con ella.

Rachel, era rubia, de ojos verdes. Era viuda. Enviudó joven. Tenía sobre ella el peso de sacar a sus dos hijos adelante, Chris y Alice sin su marido William. Chris era su otro hijo, ahora estaba quedándose con su abuela Margaret. Mientras, Alice tenía toda la atención de Mamá Rachel. Los martes por la tarde, llevaba a su hija Alice, de once años, a natación. Todos los días que venía del colegio, le preparaba una buena merienda. Había estado aquí en el hospital sentada, toda la tarde pendiente de su delicada hija, de cabellos claros, igualmente como ella, y verdes ojos como un prado bien regado.

Alice, pudo ver también una mesita con unas flores, pensó que se las habrían traído por ser una campeona. A la derecha había unas cortinas.

—¿Para qué son esas cortinas? —preguntó curiosa Alice.

—Son para separar a los pacientes —dijo mamá Rachel.

En ese momento, Alice, se dio cuenta de que había más personas en esa habitación. Había estado creyéndose, por un momento, que tenía todo el espacio para ella sola. Sintió curiosidad por ver quién era su compañero o compañera de habitación.

Finalmente, el sueño, volvió a ganarle la partida y se quedó dormida.

Mamá Rachel la tapó y se quedó pensando en lo adorable que se veía su niña.

—¡Buenos días, dormilona! —expresó con entusiasmo mamá Rachel al tiempo que levantaba la persiana— Aquí te traigo el desayuno.

—¡Qué buena pinta! —alcanzó a decir Alice, medio dormida.

—Cómetelo todo, cariño. Así, podrás irte antes de aquí.

Se sentó en la cama y recibió el desayuno que le traía mamá Rachel, en una bandeja azul enorme. Saboreó el tazón de leche con cacao. Le pareció buenísimo, pero no tan rico como lo hacía su madre. Continuó con las galletas.

Mientras comía las galletas, Alice, pudo fijarse en la cama de al lado. Ahora que, por fin, las cortinas ya no estaban extendidas. Lo primero que vio fue a un niño, de más o menos su edad. Era moreno, delgado y pálido. Alice, vio que, al tiempo que ella lo examinaba, él se giró a mirarla, para segundos más tarde, seguir desayunando acompañado de su madre, una señora morena, no muy alta, llamada Hannah.

Alice se quedó mirando los profundos ojos negros del niño. Eran realmente mágicos. Le parecieron uno de los más bonitos que había visto nunca. Tan llenos de vida.

—¿Tú por qué estás aquí? —dijo Adam al percatarse de que ella lo miraba.

—Me han operado de apendicitis, ¿y tú? —contestó Alice, perpleja de que el niño de la cama de al lado estuviera hablándole.

—No lo sé, nadie me lo dice. Me dicen que sólo me preocupe de jugar

y divertirme, pero la verdad es que aquí, nada es divertido.

—Yo podría jugar contigo.

Alice, tuvo la idea de que podrían ir al jardín del hospital.

«Eso siempre es divertido», pensó.

Sintió muchas ganas de conocer al niño de la cama de al lado y desde luego, estaba encantada de jugar con él.

El jardín del hospital estaba lleno de primavera. Tenía árboles, flores, pájaros, nubes... Era todo un soplo de aire fresco para ellos.

—¡Siente la libertad! —dijo Alice.

— O el canto de los pájaros, la suave brisa de la primavera...

—Fíjate que sol hace. ¡Hay olor a vida! —exclamó entusiasmada Alice.

—¡Si! La verdad es que hacía tiempo que no me daba tanto el sol, ni olía otras cosas que no fueran medicinas... Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó Adam acordándose de que no sabía todavía su nombre.

— Me llamo Alice Walker, ¿y tú?

—Adam Slora —respondió—. Puedo jurar que no hay nadie más que se llame como yo.

Hablaban, reían, lo pasaban bien. Las horas pasaron volando.

De pronto, un rato estaban en mitad del pasillo del hospital corriendo y jugando... Y otro, colándose en el carro de la ropa de cama limpia y riéndose, mientras, ambos usaban las sábanas para disfrazarse de fantasmas. Olvidándose así del dolor.

A la tarde siguiente, Adam y Alice, fueron a la cafetería del hospital. Pidieron un helado y salieron a tomarlo afuera, en su lugar favorito del hospital, el jardín. Quizá porque les recordaba al tan extrañado patio del colegio, en donde, en su vida fuera de este lugar, jugaban y campaban a sus anchas.

Se tumbaron en el césped y contemplaron las nubes.

—¡Esa nube tiene forma de estrella!

—No, la tiene de flor —dijo Alice.

—¡Es una estrella! ¡Esto sí que es una flor!— dijo Adam, mientras cogía una flor que yacía en el césped— Para ti, mi mejor medicina.

—¿Mi mejor medicina? —dijo sorprendida Alice mientras cogía la flor.

—Sí. Eres mi mejor medicina porque has sido como un bálsamo para mí. Has hecho mis días aquí más llevaderos. Gracias a ti, he descubierto que, puedo ser feliz en cualquier sitio, sin importar lo aburrido que éste sea.

—Me gusta. ¡Como también me gusta ese lunar que tienes en tu mano! Pude fijarme al darme la flor —dijo sonrojada Alice.

—Sí... ¿Qué es lo que quieres ser de mayor, Alice?

—Médica, me gustaría mucho cuidar y curar a las personas enfermas. ¿Y tú, qué quieres ser de mayor?

—Músico. Tengo una guitarra.

Los dos niños, siguieron contemplando las nubes, entre risas y sueños.

Al llegar la noche, Alice y Adam, se quedaron contemplando las estrellas por la ventana de la habitación. Alice, sentía que nunca prestaba atención a esas cosas. Alice, pensó también en pedir un deseo: «Quiero que salgamos de aquí, para jugar fuera», pidió para sus adentros Alice.

Alice se fijó en la cara de Adam. Con el brillo de las estrellas en sus pupilas, su cara era aún más bonita.

Se sonrieron y siguieron contemplando las estrellas.

—¡Me van a dar el alta del hospital! —dijo de buena mañana Alice y siguió— Ahora podremos jugar fuera de este sitio, cuando tú salgas, porque tengo que volver al colegio a estudiar y no podré venir a verte... ¡Pero me acordaré mucho de ti!



—¡Eso es estupendo! Cuando salga de aquí, lo primero que haré, será ir a jugar contigo, mi ángel del hospital. Has sido mi mejor medicina.

—Toma, mi número de teléfono. Llámame cuando salgas de aquí. Para que podamos jugar fuera —dijo Alice sacándose del bolsillo un trozo de papel donde estaba apuntado su número.

—Lo haré. Quiero que sepas que este olor a medicinas, nada tendrá que ver con el olor de la brisa de la primavera que tú me trajiste —murmuró Adam—. El olor a medicinas es aburrido, y tú... Tú me hiciste olvidarlo.

Llegó la hora de despedirse del hospital. Lo que Alice va a echar de menos no va a ser este lugar sino a la gente de este lugar. Alice se despidió de Adam con un abrazo y las lágrimas comenzaron a brotar por sus mejillas.

## Capítulo 2

### *Regreso al mismo lugar.*

La alarma sonó como cada mañana a las seis.

Alice, se dio prisa por levantarse de la cama. Fue al baño, se lavó los dientes y la cara. Buscó algo de ropa y se dirigió a toda prisa hacia la ducha. Cuando acabó, tomó su café, una manzana y salió a coger el autobús. Esperando el autobús pensó en las tareas pendientes para hoy: «Muy bien, hoy tengo que repasar lo que dijo el profesor Vermont sobre cómo aplicar las vacunas. Tengo que devolverle a Eve, los apuntes. Tengo que hacer una exposición sobre los diferentes tipos de tejidos...» Cuando ya divisaba el autobús a lo lejos, recibió un mensaje de su madre:

“Chris ha tenido un accidente cuando iba con la moto. Estoy en el hospital con él.”

Chris, el alocado hermano de Alice, dos años mayor que ella. Chris tenía el cabello rubio y los ojos igualmente verdes. Había estado bebiendo y fumando hasta muy entrada la noche, cuando cogió la moto para venirse a casa. Casa que compartía únicamente con su madre Rachel ya que, Alice, se alquiló un piso de estudiantes hace poco más de un año.

Se lo alquiló por cercanía a su lugar de estudios, al tenerlos tan solamente a dos paradas de autobús. La casa de Rachel, de los estudios estaba sin embargo, a doce paradas de autobús y un trayecto en tren de media hora.

Alice decidió ir hacia el hospital a visitar a su hermano. La preocupación y la angustia se apoderaban de ella mientras se dirigía con

ligereza hacia el hospital. Preguntó en recepción y le dijeron finalmente dónde se encontraba su hermano Chris.

—Ya estoy aquí, mamá —dijo Alice dando un fuerte abrazo a su madre Rachel.

—¡Oh, Alice! Estoy muy preocupada por tu hermano. ¡Es muy poco responsable! Si tan sólo se pareciera un poco a ti...

—¿Cómo está?

—Están operándole de una pierna. Dijeron que no era nada grave y que la pierna no la perdería... ¡Pero menudo susto me ha dado! Me preocupa su vida tan descarriada.

—Tranquila mamá. Lo importante es que se recupere.

—Sí. Lo sé, Alice. Y además, fíjate, ya han pasado diez años desde que tú estuviste aquí en este mismo hospital, cuando te operaron de apendicitis —dijo Rachel con asombro.

Alice, finalmente, se acordó de nuevo de su estancia en el hospital. Era verdad, hacía tanto tiempo que lo había olvidado. Alice sintió nostalgia al recorrer el hospital. Recorrió sus pasillos y descubrió muchas cosas que ya no estaban en su sitio. Algunas cosas seguían intactas. Otras, no habían sobrevivido al paso del tiempo.

A la tarde, subieron a Chris a planta. Todo salió bien y Alice se ofreció a quedarse a pasar la noche con su hermano para que así, su madre Rachel, descansara.

Alice pensó: «Una vez más, en este desafortunado lugar, ahora diez años después.»

Alice, miró la habitación. Echó un vistazo a su hermano que yacía dormido en la cama. Su vista se fijó en la cama de al lado, ahora vacía. Le vino a la mente que hace diez años estuvo ocupada por un niño.

Recordó su aventura en este desafortunado lugar, pero, qué bonito al mismo tiempo, coincidir con aquel agradable ser rebosante de encanto y simpatía. Adam, puso frescura y convirtió uno de sus peores recuerdos en algo encantador al fin y al cabo.

Cayó en la cuenta de que, ya habían pasado diez años sin recibir

ninguna noticia.

Lamentándose de no haber recibido ninguna llamada en estos diez años por parte de Adam Slora, se le ocurrió investigar, aprovechando que era de noche y todos estaban durmiendo. El vigilante acababa de pasar de hacer la ronda. Alice se dirigió con calma por los pasillos insuficientemente iluminados para facilitar el descanso a los enfermos. Enfermos que en las salas contiguas reposaban. Comprobó también la posición de las enfermeras de guardia, sin ser vista, ayudada por la tenue iluminación. Tenía vía libre para investigar en el ordenador.

«Veamos, por la s... Aquí está. Slora, Adam... ¡No puede ser!»

Alice, descubrió que Adam, murió en el hospital hace diez años. Murió poco después de que ella abandonara el hospital.

No pudo evitar las lágrimas. Rota de dolor, salió corriendo. Se preguntaba por qué una y otra vez por los pasillos sin encontrar respuesta.

Regresó al lugar donde le aguardaba un dormido Chris.

Alice, se sentó en el sofá de la habitación y ya no intentó dormir. En ese momento se quedó pensando en que Adam, su para siempre compañero de aventuras, estaba muerto... Nunca llegaron a cumplir todas las aventuras lejos del hospital. ¡Aquello era horrible!

Alice había estado pensando todo este tiempo que, quizás, Adam perdió su número y por eso nunca la llamó pero esto... Esto no.

La enfermera entró y Alice descubrió que se había quedado dormida. Tal vez, un par de horas. Le hacía falta descansar y poner en orden su cabeza. Dejo de tumbarse, para sentarse en el sofá y preguntó a la enfermera:

—¿Cómo está Chris?

—Bien, todo ha ido en orden. Se quedará aquí un par de días más y luego se irá a casa. Vendrá únicamente a hacer rehabilitación —dijo la enfermera, mientras atendía la pierna de Chris.

—Cuando desperté, estabas dormida y no quise molestarte —dijo Chris—. Así que, para poder levantarme, llamé yo mismo a la enfermera por el timbre éste que tenemos aquí los enfermos.

Alice, miró el timbre al tiempo que dijo:

—Sí, es una suerte.

Alice, realmente, no sabía que decir. Aquel descubrimiento de anoche, la había dejado pensativa. Segundos más tarde, Rachel llegó. Visiblemente más descansada y con mejor aspecto.

—Mamá, yo me voy a casa ya. Estoy muy cansada. Quiero ducharme y descansar.

—Claro, cielo. Vete a casa, descansa. Yo te mantendré informada de todo lo que aquí suceda. Estate tranquila, que todo está muy bien —dijo Rachel dándole un beso a su hija Alice.

Yendo en el autobús, pudo fijarse en un muchacho. Le pareció que era idéntico a Adam. «Así, más o menos, debería verse ahora», pensó Alice.

Tenía ojos igualmente oscuros. Era alto, delgado y pálido. El muchacho se bajó una parada antes. Lo siguió hasta donde le alcanzaba la vista. El autobús arrancó y le perdió la pista. «Será el cansancio. Adam está, muy a mi pesar, muerto. ¡Ojalá fuera aquel muchacho!», pensó Alice, al tiempo que se ponía en pie para bajar del Autobús.

Llegó a su piso. Estaba tal y como lo dejó. Aprovechó para ducharse y se metió en la cama.

## Capítulo 3

### *Recibiendo mensaje.*

Alice se disponía a entrar en la ducha como cada mañana cuando oyó sonar el tono de llamada de su teléfono. No le dio tiempo a cogerlo. Cuando por fin salió de la ducha, vio que era un número que no conocía. Pensó que se habían equivocado. ¡Ella no esperaba ninguna llamada! Y menos hoy que era fin de semana y no tenía clase. De pronto, al cabo de unos minutos, recibió un mensaje:

“Hola. ¿Mi mejor medicina?”

Alice se quedó helada. Contuvo la respiración, tragó saliva. Ese nombre sólo era propio de Adam. Nadie más lo sabía, pero Adam... ¡Adam estaba muerto! No daba crédito a lo que estaba pasando. Se sentó en la cama, trató de tranquilizarse y armándose de valor respondió:

“Sí, soy yo. ¿Eres Adam?”

Alice estaba inquieta por recibir una respuesta. Miraba, apresuradamente, a ver si había ya un nuevo mensaje. Finalmente, el teléfono móvil volvió a sonar. De nuevo, lo que ella tanto ansiaba, un mensaje:

“Sí. Tenemos que vernos. ¿Conoces el parque que está al lado de la estación de Bristol?”

Alice se quedó sin habla. Enormemente sorprendida. El corazón le latía con fuerza, así que, sin pensarlo demasiado escribió:

“Claro. Lo tengo a unas cuantas paradas de autobús. Hoy mismo nos vemos si quieres.”

El ansia le podía. Quería saber algo de Adam, cuanto antes mejor, por eso, le dijo que hoy. El móvil sonó de nuevo:

“Me parece perfecto. Esta tarde, a las cuatro. Iré con camiseta roja y pantalones vaqueros azules para que puedas reconocerme.”

Por fin iba a saber algo de Adam. No podía creerlo. Pensó en qué, tal vez, sería una broma. Luego pensó que, realmente, ese papel sólo lo tenía Adam. Ese nombre sólo él lo conocía. No sabía qué pensar. El hallazgo del hospital nada tenía que ver con esto. Quedaban horas para averiguarlo.

Se apresuró a vestirse. Se puso su vestido azul de flores blancas, que guardaba para las mejores ocasiones. Se dejó el largo cabello rubio, suelto. Dio color a sus mejillas con un rubor. Aplicó un suave labial y se perfumó.

Estaba lista. Tenía prisa porque llegara la hora.

Llegó el tiempo de coger el autobús, cogió el bolso y cerró la puerta.

«Allá vamos», pensó.

Corría aire y lo agradecía, así podía serenarse. Mientras esperaba el autobús revisó los mensajes que recibió con cierta incredulidad e ilusión. Llegó el autobús y subió. Aún quedaba viaje así que, para entretenerse se fijó en las personas del autobús e intentó imaginar su vida y hacia donde iban.

Llegó el turno de bajar del autobús. La adrenalina se apoderaba de ella. Fue a comprar una botella de agua a una de las tiendas cercanas al parque porque se le secó la boca de la ansiedad que le estaba dando este momento. Respiró hondo y fue hacia el parque.

Se sentó en un banco a esperar y de paso a contemplar a los que por allí pasaban, método que ya había utilizado en el autobús para distraerse.

De repente, vio pasar a alguien que cumplía con todas las características físicas. «¿Será él? ¡Cómo ha crecido! ¡Cuánto ha cambiado!», se preguntaba por dentro Alice.

No le dio más vueltas y se lanzó. Se apresuró a abordarle:

—¡Hola! Soy yo, Alice, ya sabes... Tu mejor medicina. Tú debes de ser Adam —dijo Alice sonriendo.

—Sí. Estás muy guapa, Alice.

—Tú también. Los dos hemos crecido mucho —dijo Alice.

—Sí, así es. Te veo muy crecida.

—Gracias. Tú estás muy parecido.

—Vamos a tomar algo y me cuentas más sobre ti, Alice —dijo un misterioso Adam.

Se sentaron en la terraza de una cafetería, aprovechando que hacía buena tarde. Se pidieron un café y continuaron charlando.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él.

—Soy estudiante de medicina. Ya te dije que era lo que quería ser de mayor —respondió Alice.

—Yo no tengo tan buena memoria. No me acuerdo de casi nada.

—¡Ya lo sé! Quedamos en que me llamarías cuando salieras del hospital y nunca lo hiciste.

De repente hubo un silencio incómodo. Alice vio a Adam inquieto como si no le hubiera gustado alguna cosa. Alice, pensó que quizá había estado mal reprochárselo ahora, pero tenía derecho. Fueron diez años de los cuales no supo nada de él.

—¡Lo siento! Éramos unos niños —respondió finalmente él—. Conozcámonos de nuevo ahora.

Alice y Adam dieron un paseo por el parque. Ella lo miró, se fijó en sus ojos, seguían siendo oscuros y misteriosos con un brillo aún más especial. Su pelo negro a juego con sus ojos. Su piel igualmente pálida. Su cuerpo, ya crecido, nada tenía que ver con el de aquel niño que un día conoció. Se fijó en



sus hombros anchos y viriles.

Se sentaron debajo de un árbol, bajo su fresca sombra y comenzaron a charlar.

—Me gustaría verte más veces —dijo Alice mirándolo con timidez.

—A mí también me gustaría. Eres una chica preciosa y muy dulce.

—Gracias. Oye... ¿Cuántos años tienes ahora, Adam?

—Veintitrés. ¿Y tú?

—Veintiuno. ¿Y tienes novia o algo así?

«No tenía que haberlo preguntado, pensaré que soy tonta», pensó Alice.

—No, no tengo nada de novias. ¿Tú tienes novio?

«¡Bien! Un momento, ¿por qué me alegro de que no tenga novia? ¿Por qué me pregunta si tengo novio? Será simple curiosidad o será que está interesado.»

—No, tampoco.

—¿Qué te parece si mañana te invito a comer? —preguntó él.

—Mañana, tengo clases. No sé si llegaría a tiempo. Salgo a las tres —respondió Alice.

—No importa, yo podría recogerte de las clases de medicina, con mi coche.

—Vale, pues te espero a las tres, en la Universidad de Bristol. En el apartado de medicina —dijo Alice.

Caminaron por el parque, juntos hasta esquina para despedirse. Sin duda, la chispa era diferente ahora con Adam. Ahora lo sentía diferente. Antes, eran unos niños, ahora ya eran mayores. Alice, se sentía a gusto con Adam. Sentía cosas. Estaba confundida. No quería decirle que buscó su nombre en los archivos del hospital. No quería decirle que allí aparecía que murió. Debería tratarse de un error, quizá de otro Adam Slora.

Tocaba despedirse en la esquina del parque.

—Ha sido un placer volver a verte —dijo Alice sonriendo.

—El placer ha sido mío. No pensé conocer a alguien como tú.

—¡Gracias!

—Gracias a ti por haber venido —dijo él.

Se despidieron con un abrazo y continuaron el camino cada uno por su lado pero con la sensación de ir todavía juntos.

«¡Qué alegría volver a verle! ¡Qué ilusión me ha hecho! ¿Dónde habrá estado todo este tiempo?», pensaba Alice en el autobús.

Llegó a casa y se tumbó en la cama a fantasear con lo que acababa de pasar. Estaba feliz.

## Capítulo 4

### *El amor.*

Eran las tres y cinco. Alice llevaba esperando tres minutos en la puerta de la Universidad de Bristol. No había ni rastro de Adam. Habían quedado para comer y no daba señales de vida. Recibió una llamada. Era su madre, Rachel. Le resultó extraño porque a estas horas su madre estaba trabajando. Rachel, le dijo que Chris se había peleado con unos borrachos en el bar al que solía acudir algunas veces cuando acababa de estudiar. Le dijo también que lo recogiera porque así no podía coger la moto, que estaba muy bebido.

No le había dado tiempo a Alice a procesar la información cuando oyó un claxon. Era el claxon del coche de Adam. Era un coche rojo, deportivo, brillaba mucho. No era ni muy grande ni muy pequeño. Le llamaron la atención las ruedas, eran enormes. Adam se bajó del coche y entonces, pudo ver el vestido blanco tan encantador que Alice llevaba. Alice fue hacia él.

—Hola Adam —dijo Alice al tiempo que le daba un abrazo.

—Hola Alice. Hoy también estás muy guapa.

—Adam, ha habido un problema. Mi madre me acaba de llamar. Me ha dicho que recogiera a mi hermano Chris, que ella no puede porque está trabajando. Me ha dicho que se ha peleado y que está muy tomado. ¡Así no puede coger la moto!

—No hay problema. Yo te llevo —dijo Adam al tiempo que le abría la puerta.

Llegaron al bar y allí estaba la moto, aparcada afuera. Chris, estaba sentado en la acera con la cabeza entre las piernas. Alice fue corriendo a ver a su hermano. Le levantó la cara. Tenía rasguños en la cara, la mirada perdida y

olía a alcohol. Se acercaron unos borrachos, posiblemente los mismos que lo golpearon.

—¡Qué hay, nena! ¡Qué guapa! ¡Vaya nena tenemos aquí! —Dijo el borracho más alto.

—¡Déjala en paz! —Gritó Adam al tiempo que se acercaba.

—¿Este quién es? ¿Tu noviecito? ¿O es el otro? ¿Cuál de los dos? —le dijo a Alice el otro borracho más bajo.

—¡Soy yo! —dijo en un tono desafiante Adam.

—¿Tú qué quieres, recibir como tu amiguito?

—Vámonos Adam —dijo Alice.

Adam y Alice cogieron a Chris y lo llevaron hasta el coche. Lo metieron en el asiento de atrás con cuidado. Se metieron, por último los dos. El coche arrancó y pudieron salir de allí.

—¿Por qué les dijiste que eres mi novio? —Preguntó curiosa Alice.

—Lo hice para defenderte —dijo mirando fijamente a Alice.

—Yo no necesito que nadie me defienda.

—¡Pero yo quería protegerte! —dijo Adam.

—¿Y eso por qué? —Quiso saber Alice.

—Porque me importas.

Dejaron a Chris en casa y lo acostaron. Alice llamó a su madre para decirle que ya estaban en casa y que mañana, Chris tendría que ir a estudiar en tren porque la moto estaba en el bar de al lado de donde estudiaba.

—¡Vaya! Así que ésta es tu casa. Es muy acogedora —dijo Adam mirando atentamente la amplia casa.

—Lo era. Era mi casa. Ahora ya no vivo aquí. Vivo sola en un piso que me alquilé como estudiante —dijo Alice.

— Qué bien. ¿Todavía sigues queriendo que vayamos a comer? —dijo Adam mirando con atención a Alice.

—Sí. Supongo que aún no es tarde.

Se metieron de nuevo en el coche rojo y se dirigieron al restaurante.

El restaurante era un italiano muy moderno. Las puertas eran de madera. Podían oler la comida desde la puerta. Entraron y se sentaron en una mesa para dos. Alice miró el plastificado menú, no sabía qué pedirse. Todo tenía muy buena pinta. Finalmente y tras mucho mirarlo, acabaron pidiéndose unos raviolis a la carbonara.

—Lamento haber tenido que conocer a tu hermano Chris, así.

—No importa. A veces hace estas cosas. Mi madre está muy preocupada por él.

—¿A tu madre la conozco? — dijo Adam.

—Claro, la viste. Estuvo en el hospital conmigo, cuidándome. ¿No lo recuerdas?

—No, lo siento. Ya te dije que mi memoria es muy mala. Además ha pasado mucho tiempo.

—¿A qué te dedicas ahora Adam?

—¿No te lo dije? Soy psicólogo.

Llegó el turno del postre. Ya no podían comer más. Alice se dejó casi todo el postre. Adam, se lo comió a regañadientes «Luego tendré que hacer más horas de gimnasio», pensó.

Salieron del restaurante y fueron a dar un paseo por el parque.

Los rubios cabellos de Alice al sol brillaban como el oro. La miraba y no podía creer la suerte que había tenido en conocerla. Adam estaba cada vez más a gusto con Alice. Pensó, que era tiempo de declararse.

—Alice, verás...

Antes de que pudiera decir algo más, Alice lo interrumpió con delicadeza. Puso sus tiernos ojos sobre él y dijo: —¿Si?

—Me pareces una chica increíble y no sé cómo decirte esto... — respiró hondo y siguió—. Me gustas.

Alice no sabía qué contestar. Eso no entraba en sus planes, se quedó pensando en qué decir. Estaba confundida. «Desde cuando le gusto, desde que éramos unos niños o desde ahora», pensó.

—¿Tan rápido? —atinó a contestar Alice.

—Sí. Créeme, para mí también es una locura. Pero es lo que siento y en el corazón no se manda —dijo Adam mirando hacia abajo y resoplando— Uno no elige a la persona que ama. Es el corazón el que la elige, y te ha elegido a ti.

Alice, sintió algo por dentro. Esas palabras la hicieron reaccionar. Se metieron por su cuerpo como mil mariposas. El corazón le latía rápido. Había perdido el control de sus emociones.

Alice le dio un beso a Adam en los labios. Se había dejado llevar por el momento.

Adam, la abrazó y se quedaron fundidos en un emotivo abrazo varios segundos.

Finalmente, la cogió de la mano y un cosquilleo recorrió todo su cuerpo.

Pasearon de la mano por el parque y por las calles. Como dos enamorados cómplices y embriagados de amor.

Pararon a comprar un helado que no era más dulce que el amor de

Alice para él.

Llegó el turno de irse a casa. Habían quedado para comer y ya era de noche. Las horas a su lado pasaban volando. Cuando estaba con Alice, todo lo demás desaparecía. No había nada más.

Adam, llevó en su coche rojo a casa a Alice.

—Ha sido maravilloso, Adam —dijo Alice mirando con los ojos brillantes a Adam.

—Tú haces que lo sea.

—Te quiero —dijo Alice desde lo más profundo de su corazón.

—Te quiero Alice.

Se despidieron con un beso. Alice andaba hacia la puerta. Se giró, le sonrió y entró a casa.

El deportivo rojo de Adam arrancó y se dirigió hacia su casa.

## Capítulo 5

### *Convivencia.*

Adam, traía algunas cajas y una gran maleta azul marino. Parecía pesada, pero Alice, no quiso ponerse a comprobarlo.

Adam, se acababa de mudar con Alice. Estaban muy ilusionados. Ahora iban a compartir espacio juntos. Ahora podrían disfrutar más de su amor.

—¿Dónde dejo todo esto? —dijo Adam.

—Déjalo todo por aquí. Esta noche vamos a celebrarlo —Dijo Alice muy emocionada.

La madre de Alice, Rachel, vino a quedarse a comer con ellos. Estaba muy feliz de que su adorada niña, estuviera ahora viviendo con el niño que un día conoció en el hospital.

—¡Cómo me alegro por ti, mi niña! —dijo Rachel.

—Gracias, mamá.

—Gracias. La cuidaré —respondió Adam.

Comieron los tres juntos una comida que prepararon con cariño entre Alice y Adam. Al poco de comer juntos, la madre se despidió de ellos y se fue. Después salieron al parque a tomar un helado. Ella lo pidió de vainilla, él de chocolate. Mientras caminaban por el parque, comentaban la nueva situación:

—Estoy muy feliz de que hayamos dado este paso.

—Sí. Por eso, he pensado que para celebrarlo, esta noche vamos a ir a cenar al restaurante italiano, donde comimos juntos por primera vez. ¿Te parece bien? —dijo Alice con un brillo especial en los ojos.

—Si, amor. Me hace muchísima ilusión volver allí, contigo —dijo Adam, al tiempo que le daba un beso a Alice.

La noche llegó y se dirigieron al restaurante italiano. Pidieron mesa para dos y por poco no se sentaron en la misma mesa que ya habían ocupado la vez anterior. Esta vez les tocó una que estaba un poco más a la derecha.

En esta ocasión, no dudaron con el menú. Se pidieron lo mismo de la otra vez, raviolis a la carbonara. Iban comiendo con miradas cómplices,



sonrisas y palabras dulces y llenas amor. No se podían creer que ya hubieran pasado dos meses desde la última vez que estuvieron aquí. Adam, aprovechó las luces íntimas del restaurante para sorprender a Alice y dar una flor a su amada. Alice, de pronto, se transportó a aquella escena del pasado en la que Adam Slora, el niño del hospital le entregaba una flor. El pánico se apoderó de ella al darse cuenta de que, el Adam de la actualidad, no tenía un lunar en la mano. Presa del pánico salió corriendo del restaurante.

Adam salió rápidamente tras ella. La encontró rompiendo en llanto fuera del restaurante, cerca de la puerta.

—¿Qué te pasa?

—No tienes el lunar en tu mano derecha —dijo Alice sin parar de llorar.

—Todos cambiamos. He crecido y el lunar habrá desaparecido.

Alice no sabía que pensar. Podría ser verdad, aunque le resultaba extraño. ¿Iba a desconfiar? Alice, realmente no se acordaba de ese lunar hasta el día de hoy, cuando su mente asoció ese momento con el del pasado.

Se le cerró el estomago. Le quedaba un poco por comer y no le apetecía. Tras mucho meditarlo, pensó en no desconfiar de Adam. Tal vez, por todo el cariño que una vez sintió por él y por el que hoy aún más sentía.

Adam, pidió que le pusieran la comida para llevar y lo llevaron al parque.

Los dos se tumbaron en el césped del parque a ver las estrellas.

—¿Recuerdas cuando mirábamos las estrellas por la ventana del hospital? —dijo Alice acordándose del tierno momento.

—No, cielo. Lo siento mucho. Me encanta más este presente que estoy viviendo contigo.

Alice, se sentía extraña. Sentía que el Adam de la actualidad, era distinto, como si ya no conociera a aquel niño. Era demasiado misterioso, como si no se acordara de nada de su vida anterior en el hospital y de todo lo que habían pasado juntos. La cabeza de Alice estaba confundida.

—Quiero ver de nuevo a tu madre, la vi en el hospital cuando era una niña y me gustaría que supiera que estamos hoy en día juntos —miró fijamente a Adam a los ojos y continuó—. Siempre me dices que tus padres están de viaje. A ver si algún día puedo verlos porque ya llevamos algún tiempo y todavía no los he visto.

Adam, se quedó en silencio unos instantes. Alice mientras tanto lo observaba, parecía incómodo.

—Mis padres ya no viven aquí —contestó finalmente Adam—. Ya los verás cuando vengan a visitarme. Todavía es pronto.

Ella, no quería volver a desconfiar. No quería dudar de él. Había algo misterioso en él, pero se sentía a gusto.

Continuaron mirando las estrellas y poco después se fueron hacia casa. A la mañana siguiente, despertaron juntos.

Alice se levantó como cada mañana para ir a estudiar. Adam, la dejó en la puerta de la universidad. Quería comunicarle en persona a su hermano Chris, que ella y Adam ahora estaban viviendo juntos. Le pidió a Adam que cuando la recogiera de la Universidad de Bristol, fueran a buscarlo a donde él estudiaba.

Después de una larga jornada de clase, llegaron las tres de la tarde.

Adam, la esperaba en la puerta de la universidad cada día si no le tocaba trabajar a esas horas, desde que estaban saliendo juntos. Alice le dio un beso y subió al coche. Ambos se dirigieron a buscar a Chris.

—¿Dónde está? Está ahí su moto —dijo Alice alterada.

—Ojalá no este ahí, pero miremos en el bar de la otra vez —dijo Adam señalándolo.

Se acercaron a mirar al bar donde solía ir cuando salía de estudiar. Ahí estaba él, llorando, en la barra del bar.

Alice y Adam se acercaron.

—¿Qué te pasa Chris? —dijo Alice preocupada.

—Nada, déjame en paz —contestó Chris con la voz rota y los ojos rojos e hinchados.

—Nos tienes muy preocupados. Dime, por favor —dijo Alice.

—Es por una chica, Kelly. Ahora es mi exnovia —miró hacia abajo y continuó—. Llevábamos tiempo mal porque siempre teníamos peleas y problemas. Lo que yo no quería era que lo dejáramos y ahora ella me ha dejado.

—Nosotros hemos empezado a vivir juntos, veníamos a decírtelo —dijo Alice dándole un abrazo a su hermano para que se calmara.

—Me alegro mucho por vosotros.

—Gracias, ahora tú necesitas distraerte. No haces nada bueno aquí —dijo Adam poniéndole la mano en el hombro a Chris.

—Lo sé —dijo Chris con pena en el rostro.

—Tienes que recuperarte y mirar por ti. Tienes muy preocupada a mamá —dijo Alice.

Chris rompió a llorar. Lo que menos quería era preocupar a su madre. Alice y Adam lo abrazaron y lo acompañaron a su casa.

## Capítulo 6

### *Un accidente.*

Alice estaba en una camilla del hospital. La había traído una ambulancia, al haber tenido un accidente cuando iba en la moto que conducía Chris. Adam y Rachel estaban sentados en la sala de estar, mientras los médicos estaban atendiendo a Alice y a Chris. Adam estaba muy nervioso y preocupado por Alice, se sentía culpable por no haber podido ir con ella.

Cuando acabaron de atender a Alice, fue llevada a una habitación.

—¡No veo! —dijo Alice.

—Te dañaste el ojo al caer, los médicos te pusieron una venda —dijo Adam.

—Me duelen los ojos y la cara. ¿Qué ha pasado? —preguntó Alice confundida.

—Tuviste un accidente mientras ibas en la moto de Chris —dijo Rachel.

—Tranquila Alice. Te prometo que yo te cuidaré. Estaré aquí a tu lado pase lo que pase —dijo Adam.

Alice se sentía adolorida. Tenía rasguños por toda la cara. Y una gran venda que le tapaba los ojos. En el momento del accidente, llevaba un casco a tres cuartos, que dejaba al descubierto su rostro. El casco había salvado la vida de Alice, pero no su rostro, que golpeó contra el pavimento. Chris, en el momento del accidente, llevaba un casco completo.

—¿Cómo está Chris?

—Chris está bien. Sólo tiene el brazo roto. Tú llevaste peor suerte — dijo Rachel con voz compungida.

Alice quería irse a casa. Tocaba la cama. Podía oler a Adam. Oía lo que decían pero no los podía ver ¡Era como una pesadilla!

—¿Cómo ha sucedido? —dijo Alice.

—¿Recuerdas que ibais a comprar un regalo a Rachel por su cumpleaños? Pues un coche se saltó un stop y venía hacia vosotros, que ibais en la moto. Al intentar esquivarlo, Chris, perdió el control de la moto y os fuisteis al suelo. Teniendo la mala fortuna de que tú, Alice, te llevaste la peor parte —contestó Adam.

—¿Por qué me duelen los ojos y la cara? —preguntó Alice.

—Cariño, te golpeaste la cara y el ojo al caer —dijo Rachel.

—No lo recuerdo.

—Es normal en estos casos —dijo Adam.

Alice empezó a gritar de dolor. La enfermera entró para ponerle un calmante y que pudiera descansar. Alice se durmió.

Rachel y Adam se encontraron con Chris, ya había sido atendido del brazo y se lo habían escayolado. Los tres juntos fueron a comer algo.

—Lo siento mucho, mamá. No fue mi culpa, el coche se saltó un stop —dijo Chris apenado.

—Tranquilo hijo, lo sé. No te preocupes, fue un accidente.

—Lamento no haber podido llevaros yo y que esto no pasara, pero tú sabes que estaba trabajando —dijo Adam.

Esa noche, Rachel se quedó cuidando de su hija. Adam quería quedarse, pero Rachel insistió en quedarse ella. Su hermano Chris se fue a descansar a casa y Adam a la casa que compartía con Alice.

—¿Recuerdas cuando estuviste aquí de pequeña y yo te cuidaba? Te encantaba mirar las estrellas desde la ventana —dijo Rachel mientras cogía a Alice de la mano.

—Ahora no puedo hacerlo, tengo una maldita venda.

Al día siguiente, Alice se despertó. Ahí estaba Adam, que aunque no podía verlo, podía olerlo. Había intercambiado el turno con la madre de Alice. Habían subido esta mañana a una chica a la habitación. Alice tenía ahora una compañera. Era una mujer de unos cuarenta años y cabello oscuro.

—¿Cómo has dormido?

—Bien. Adam, llévame al jardín del hospital.

—Primero tienes que desayunar —dijo acercándole la bandeja con el desayuno.

Ayudada por Adam, Alice, pudo desayunar.

—Ya está. Ahora, llévame al jardín —susurró Alice.

Salieron al jardín y Alice, sólo podía sentirlo, no podía verlo.

—Siento el aire en la cara. Siento los rayos de sol que me calientan... Pero no puedo verlo. Me agobia tener esto en los ojos.

—Tranquila. Todo saldrá bien. Te curarás y pronto podrás verlo todo —dijo Adam dándole un beso en la frente.

Regresaron a la habitación y el médico entró a revisarla.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duelen los ojos.

—Vamos a quitarte las vendas y vemos como va.

El médico le retiró las vendas de los ojos.

—¡No veo! —gritó horrorizada Alice.

—Cálmate, Alice —dijo Adam acariciándola.

—Es normal. El ojo está hinchado del golpe. Vamos a curarlo y te colocaremos nuevas vendas.

Cuando el médico se fue, Alice lloraba en la habitación. Adam fue a abrazarla.

—No llores, Alice. No me gusta verte así. Me parte el alma.

—Es que no veo. Ahora ni siquiera puedo verte.

Rachel y Chris entraron a ver a Alice a la habitación.

—Perdóname, hermanita. Siento mucho lo que ha pasado —dijo Chris.

—No te preocupes, no fue culpa tuya.

—¿Cómo estás? —dijo Rachel.

—Bien, mamá —contestó no muy convencida.

Esa noche, Adam se quedó con ella.

—¿Recuerdas ahora cuando tú estabas a mi lado, en la cama de al lado, compartiendo risas antes de dormir?

—No. Ya te dije que ha pasado mucho tiempo.

—¿Cómo se te ha podido olvidar? A mí no.

—Descansa, Alice. No te preocupes por nada más —dijo Adam dándole un beso en la frente.

Alice se durmió y Adam se quedó contemplándola desde el sofá hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente, el doctor entró de nuevo, le retiró las vendas y procedió a curarla.

—Te haremos unas pruebas y según lo que veamos te irás a casa o no —dijo el doctor.

Adam y Chris estaban afuera, esperando el resultado de las pruebas, nerviosos y expectantes. Querían que todo estuviera bien. No querían verla sufrir.

Adam, no se había ido ni un momento a casa. Quería seguir ahí con ella. Acompañándola. Ahora ella lo necesitaba y él no podía abandonarla. Seguía esperando nuevas noticias sobre Alice.

Le hicieron las pruebas y finalmente el doctor regresó con Alice.

—¿Qué pasa, doctor? —dijo Adam.

—Está todo bien. El ojo no ha sufrido ningún daño ni tampoco a



afectado a la visión. Sólo tiene el golpe. Esta tarde le daremos el alta.

—¡Bien! —gritó Alice.

—Deberá curarse el ojo todos los días hasta que vuelva a la normalidad.

Alice regresó a su casa. Y pudo finalmente descansar tranquila con los cuidados de Adam.

—Duérmete tranquila, Alice. Mañana iré a comprar tus medicinas para los ojos y lo tendrás aquí antes de que despiertes. Ya te dije que yo te cuidaría.

—Gracias, mi amor.

Los días pasaron y poco a poco, los verdes ojos de Alice fueron volviendo a la normalidad.

## Capítulo 7

### *Confesión.*

La clase de hoy de medicina y cirugía se le estaba haciendo eterna. Mientras, Eve, su compañera de pupitre, mascaba chicle y movía el bolígrafo de manera enfermiza dibujando círculos en el aire en el pupitre de al lado, Alice, se fijó en Shanon. Shanon era la pija de la clase, siempre iba perfectamente conjuntada y oliendo a carísimo perfume. Tenía una sonrisa blanquísima y un cabello muy sedoso. Iba siempre como recién salida de Hollywood. Alice, pudo ver que Shanon, le estaba pasando una nota a Tom, el guaperas de la clase. Enseguida el profesor Vermont los pilló. «Eso ha sido divertido», pensó Alice.

El karma hizo de las suyas y el profesor Vermont mandó a Alice a la pizarra.

Hoy, Adam, tenía turno de tardes en el trabajo. Le tocaba irse a casa sola.

Aprovechó y se bajó una parada antes para así comprar unos materiales que le hacían falta para la escuela. Mientras iba caminando, le pareció ver a la madre de Adam. Estaba igual que por aquel entonces, así que, no le fue difícil reconocerla. «¿Qué hace aquí, si según Adam ya no vive aquí?», pensó. La curiosidad le podía así que, fue hacia allá para averiguarlo.

—¡Hola! ¿Me recuerdas? —dijo Alice.

—No, lo siento. ¿Quién eres? —dijo Hannah mirando atentamente a Alice.

—Soy yo, Alice. La niña de la cama de al lado de Adam cuando estaba en el hospital...

—¡Vaya! No te había reconocido. Has crecido tanto... Así estaría Adam ahora.

—¿Cómo? —dijo extrañada Alice.

—Sí. Mi hijo Adam murió en una operación delicada, al poco de irte tú del hospital. Le hiciste muy feliz los últimos días de su vida. Eres un verdadero ángel. Jamás podremos agradecerte todo lo que hiciste por él. Pensé muchas veces en llamarte, pero no me atreví. No quería decírtelo. Eras también una niña.

Alice, se quedó en shock: «Pero, si Adam está muerto, entonces, ¿quién está en mi casa? ¿Quién está viviendo conmigo?»

—¡No puede ser! —se atrevió a responder Alice.

—Sí. Ojala no fuera así. La tumba está en el cementerio “Arnos Vale”. Compruébalo tú misma.

Alice se quedó temblando. Su cuerpo no le respondía. Había recibido una noticia que la había dejado completamente gélida. No entendía nada. Se quedó paralizada. Se sentó en un banco de la calle y trató de recomponerse. Sus manos se le quedaron frías, y su corazón pareció, por algún momento, romperse. Respiró hondo y, como pudo, se marchó a casa.

Una vez en casa, la rabia se adueñó de ella. Decidió hacerle la maleta al falso Adam. Le sacó sus cosas y lo puso todo fuera de la blanca puerta. Cerró la puerta con llave y la dejó puesta para impedirle abrir y entrar con la copia de llaves que Alice le había dado.

—Alice, ¿qué pasa? ¿Qué es todo esto? Ábreme la puerta.

—No, ya lo sé todo, ¡tú no eres Adam! —dijo entre sollozos a través de la cerrada puerta.

—¡Déjame entrar y te lo explicaré! —dijo el misterioso Adam mientras golpeaba la puerta.

Alice, ignoró los golpes en la puerta y se marchó a llorar al sofá.

«¡No puede ser!», se repetía una y otra vez Alice.

Estaba confundida. Había estado creyéndose una mentira. Ya no podía confiar en ese chico que vivía con ella. Él para ella era un monstruo.

Al día siguiente, los de la clase de medicina, se iban de excursión al hospital.

«Vaya. ¡Qué ganas ahora de excursión!», pensó no muy ilusionada. La verdad era que Alice, no tenía ganas de excursión después de todo. Su mente necesitaba respuestas, quería saber por qué le había pasado todo lo que le había pasado.

Cuando llegaron al lugar, Alice, pensó con desidia: «Genial... Otra vez en este hospital»

Mientras atendía las explicaciones del profesor Vermont, pudo ver pasar a través del trozo de puerta de cristal transparente, a un muchacho que se parecía mucho al Adam que conoció en el hospital. Alice, se inquietó y dijo como excusa que tenía que ir al servicio con el objetivo de investigar aún más. Salió corriendo tras él y lo vio pasar a lo lejos por el pasillo. Antes de que girara y perderlo completamente de vista, gritó:

—¡Eh!

El muchacho, cuando ya casi volteaba la esquina del pasillo, se giró, la miró y continuó su recorrido.

«Es él. Es el muchacho del autobús que vi hace tiempo», pensó.

Era idéntico a Adam, sólo que más crecido. Llevaba el pelo oscuro, la piel pálida y los ojos profundos y negros. Se quedó de nuevo impactada.

Cuando se disponía a volver de nuevo hacia dentro de la pequeña sala

azul del hospital que estaban usando hoy como aula, vio al Adam del presente. Ese Adam que la había cuidado en el hospital cuando tuvo el accidente y el mismo Adam que había vivido con ella.

—¡Alice! —dijo Adam.

—¿Cómo te llamas de verdad? ¡Dime quién eres! —gritó Alice presa de dolor.

—¡Alice, yo te quiero!

Alice, salió corriendo. Sintió miedo. Se preguntó si había estado siguiéndola. ¡No sabía con quién había estado todo este tiempo! ¿Qué hacía aquí ahora? Sintió que su alma se rompía en mil pedazos. ¿Cómo se había burlado así de ella? ¿Haciéndose pasar por una persona muerta? ¿Por qué? ¿En qué clase de persona esto lo convertía? Tenía miles de preguntas. No podía más. Sintió que su mundo se desmoronaba. Toda la vida que había estado viviendo era una mentira.

Se lavó la cara en los aseos del hospital. Se miró al espejo, tratando de encontrarse. Se quedó unos segundos mirándose al espejo, como intentando procesar todo lo que estaba pasando.

Respiró hondo y enfiló el camino de vuelta a la sala, donde regresó con sus compañeros.

Eve, se dio cuenta de que Alice tenía mala cara. Estaba pálida como si hubiera visto un fantasma.

—Alice, ¿estás bien?

—No, Eve. No estoy bien.

La excursión finalmente acabó y Alice pudo irse a su casa. Eve, decidió acompañarla.

—¿Qué te pasa, Alice?

—¿Recuerdas que te dije que estaba saliendo con Adam, un chico que había conocido de pequeña en el hospital? Pues no era él. ¡Y todavía aún no sé quien es! —respondió Alice.

—¿Cómo? ¿Y el otro Adam lo sabía? —pregunto Eve, sin entender nada.

—¡El otro Adam está muerto! Eso es lo horrible de todo.

—¡Qué fuerte! —dijo Eve abriendo mucho los ojos.

La soledad, de nuevo fue la única compañera de Alice. Eve se había marchado y se había quedado ella sola con sus pensamientos.

Alice, en el fondo, echaba de menos al Adam que había conocido en el presente. Habían compartido muchos momentos. Era el que más feliz podía hacerle y también el que más daño le podía hacer, pero se había adueñado de su corazón. Y ni siquiera, sabía quién era.

## Capítulo 8

### *Escribiendo mensaje.*

Alex se levantó. Pasó al lado de la habitación de su hermano Adam. Seguía todo intacto. Su madre, Hannah, limpiaba todas las semanas la habitación. Su padre Joseph, solía entrar muy a menudo a recordar a su pequeño Adam. Joseph, se negaba a no hacerlo. Todos los días, pasaba por la habitación, para hacer que su recuerdo nunca se le marchara de la memoria, para tenerlo siempre presente, como si en el fondo, aún estuviera vivo. Alex, entró por primera vez en la habitación, esta vez no se conformó con verla desde fuera. Por primera vez sintió deseos de entrar. Se quedó mirando las cosas de la habitación con nostalgia. Le llamó la atención una guitarra. Levantó la guitarra y un papel salió volando. No sabía qué era así que lo cogió. Se fijó. Era un número de teléfono donde arriba ponía ‘Mi mejor medicina’. Alex, tenía curiosidad por saber qué era. Le pareció extraño aquel papel. Había algo mágico en él, así que se dispuso a llamar. Como nadie le cogió el teléfono, escribió un mensaje:

“Hola. ¿Mi mejor medicina?”

De pronto, Alex recibió respuesta:

“Sí, soy yo. ¿Eres Adam?”

Alex pensó en decir que sí, para saber más sobre qué era eso de ‘mi mejor medicina’. Si se hacia pasar por él, le respondería la verdad, así que mandó un nuevo mensaje:

“Sí. Tenemos que vernos. ¿Conoces el parque que está al lado de la

estación de Bristol?”

La curiosidad se apoderaba de él. Quería saber.  
De nuevo recibió un mensaje:

“Claro. Está a unas cuantas paradas de autobús. Hoy mismo nos vemos si quieres.”

Alex pensó que era perfecto para saciar su curiosidad, así que mandó un nuevo mensaje:

“Me parece perfecto. Esta tarde, a las cuatro. Iré con camiseta roja y pantalones vaqueros azules para que puedas reconocerme.”

Alex, quería saber por qué guardaba su madre Hannah todavía ese papel en la habitación de Adam. Y más estando junto a su guitarra, una de las cosas que Adam más apreciaba. Podría preguntárselo a su madre, pero quería averiguarlo él.

Se duchó. Se puso su camiseta roja, sus pantalones vaqueros azules y se roció levemente de su perfume favorito.

Salió hacia el parque. El parque le quedaba a varias manzanas andando así que iba caminando a paso firme, disfrutando del sol y del paisaje.

«¿Quién será ‘mi mejor medicina’», se repetía para sí mismo.

Llegó al parque. Pasó por entre los bancos donde la gente se sentaba a descansar y de pronto, alguien vino hacia él.

—¡Hola! Soy yo, Alice, ya sabes... Tu mejor medicina. Tú debes de ser Adam—dijo Alice sonriendo.

«¡Vaya! Es una chica. Y es preciosa», pensó Alex. Sintió algo extraño, como si la conociera de antes, de otra vida.

—Sí. Estás muy guapa, Alice.

—Tú también. Los dos hemos crecido mucho—dijo Alice.



—Sí, así es. Te veo muy crecida.  
—Gracias. Tu estás muy parecido.  
—Vamos a tomar algo y me cuentas más sobre ti, Alice.

Alice estaba asombrosamente preciosa. Alex, no se atrevía a decirle que no era Adam ¡No podía! Hacerla venir sólo para saciar su curiosidad le haría ver como alguien egoísta y sin escrúpulos. No podía perderla. Realmente le había gustado mucho.

Se sentaron en la terraza de una cafetería, aprovechando que hacía buena tarde. Se pidieron un café y continuaron charlando.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Alex.  
—Soy estudiante de medicina. Ya te dije que era lo que quería ser de mayor —respondió Alice.  
—Yo no tengo tan buena memoria. No me acuerdo de casi nada —dijo Alex quitándose así el entuerto.  
—¡Ya lo sé! Quedamos en que me llamarías cuando salieras del hospital y nunca lo hiciste.

Alex, se acababa de dar cuenta de que, a aquella chica, la conoció su hermano Adam en el hospital. No sabía qué responder. Su cabeza estaba confundida cuestionándose si estaba bien esto que estaba haciendo. Se inquietó, se recolocó en la silla y trató de recomponerse.

—¡Lo siento! Éramos unos niños —respondió—. Conozcámonos de nuevo ahora.

Alex y Alice dieron un paseo por el parque. Él la miró, se fijó en sus

manos tan delicadas y menudas. En su larga cabellera rubia como el sol. Sus ojos grandes, expresivos y verdes eran dueños de una mirada limpia. Su vestido, tan fresco y juvenil que ella lucía con total encanto. Tenía algo que conseguía atraparlo.

Se sentaron debajo de un árbol, bajo su fresca sombra y comenzaron a charlar:

—Me gustaría verte más veces —dijo Alice mirándolo con timidez.

—A mí también me gustaría. Eres una chica preciosa y muy dulce.

—Gracias. Oye... ¿Cuántos años tienes ahora, Adam?

—Veintitrés. ¿Y tú?

—Veintiuno. ¿Y tienes novia o algo así?

—No, no tengo nada de novias. ¿Tú tienes novio? —preguntó con interés Alex.

—No, tampoco.

«¡Genial!», pensó Alex.

—¿Qué te parece si mañana te invito a comer? —preguntó Alex.

—Mañana, tengo clases. No sé si llegaría a tiempo. Salgo a las tres, y tendría que coger el autobús y todo... —respondió Alice.

—No importa, yo podría recogerte de las clases de medicina con mi coche.

—Vale, pues te espero a las tres, en la Universidad de Bristol. En el apartado de medicina —dijo Alice.

Caminaron por el parque, juntos hasta la esquina para despedirse. Sin duda, aquella chica para Alex, era especial. Sentía deseos de protegerla. Nunca había sentido algo así. Alice, le parecía la muchacha más hermosa de cuantas había visto. Sentía su ternura, podía oler su delicadeza. No quería hacerle daño, prefirió no contarle la verdad. Quizá así le hacía más daño, pero sentía que, si lo hacía la iba a perder para siempre como ya hizo su hermano y él no quería. Por ello se prometió a sí mismo, no contarle nunca su secreto. Él, para ella, hoy y siempre, sería Adam Slora.

Tocó despedirse en la esquina del parque.

—Ha sido un placer volver a verte —dijo Alice sonriendo.

—El placer ha sido mío. No pensé conocer a alguien como tú.

—¡Gracias!

—Gracias a ti por haber venido —dijo Alex.

Se despidieron con un abrazo y continuaron el camino cada uno por su lado pero con la sensación de ir todavía juntos. Para Alex, ella tenía un pedacito de él. Sintió algo que nunca antes sintió. No era la misma persona antes de llegar al parque que después.

Era como si Alex, por primera vez, sintiera amor... ¿Tan rápido? ¿Cuánto se supone que se tarda en sentir amor? ¿Acaso se puede controlar? Tampoco estaba seguro de lo que era el amor.

Cuando quiso darse cuenta acababa de llegar a casa. Estaba absorto en sus pensamientos y no se había percatado del trayecto a casa.

Saludó a sus padres, Joseph y Hannah, y se metió en la habitación.

Hannah quiso hablar con él. Le dijo que había encontrado el papel de su hermano Adam, mientras limpiaba en su habitación.

—Ese papel era muy importante para tu hermano. ¿Por qué lo tienes tú?—sin dejarle contestar siguió hablando— Ese papel lo llevaba Adam en el bolsillo todos los días durante su estancia en el hospital. Era lo único que le hacía olvidar los dolores. Cuando Adam, miraba ese papel, su rostro se iluminaba. Ese papel era de una niña que le hizo sus últimos días más felices. No podremos agradecerle nunca lo que hizo por él. Gracias a ella, Adam se fue jugando.

—Se me habrá enganchado al entrar en su habitación —contestó.



## Capítulo 9

*Algo inesperado.*

Hoy era sábado. Habían pasado tres semanas desde que no sabía nada del falso Adam. No tenía clase hoy así que, Alice, decidió ir al cementerio “Arnos Vale”, a ver a Adam.

Al ver y poder tocar la tumba de Adam, Alice se derrumbó. Le llevó flores y se arrodilló frente al nicho.

—Hola, Adam. Sé que vengo tarde a verte. Lo siento. Perdóname por confundirte y no darme cuenta de que no eras tú. ¿Cómo pude hacerlo? A alguien tan especial no se le confunde tan fácilmente. ¿Cómo pude confundir la manera en qué mirabas? ¿El brillo de tus ojos? Tu manera de ser, esa que te hacía tan tú. Tan único. Perdóname —dijo mientras lloraba.

— Entiendo que no quieras verme —dijo Alex, que había estado presenciando la escena.

Alice, se giró de golpe, esa voz le sonaba.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo Alice levantándose mientras se secaba las lágrimas.

—Vine a pedirle perdón a mi hermano. No estuvo bien lo que hice y me siento un usurpador. Te fallé a ti y usé a mi hermano en todo esto. Me arrepiento, fui un egoísta —dijo él.

—¿Qué? ¿Tu hermano? ¿Por qué lo hiciste? —dijo Alice incrédula.

—Quería saber qué era ese papel... Pero todo cambió cuando te vi. Me gustaste. Me gustaste demasiado. Tuve miedo de perderte como ya hizo mi hermano. Aunque realmente yo nunca te tuve. El que te tuvo siempre fue el recuerdo de mi hermano. Pensé que si quería que te fijaras en mí, debía decir que era él, Adam Slora, sino nunca te hubieras fijado en mí. Yo no soy especial como lo era él.

—¿Y qué eres tú?

—Yo soy Alex Slora. Un psicólogo del Hospital de Bristol, por eso me viste el otro día en el hospital —hizo una pausa, cogió aire y siguió—. Me quedé tan afectado con la muerte de Adam, que quise encontrar respuestas y estudié psicología. Supongo que, como una forma de autosanarme.

—¿Has estado jugando todo este tiempo!

—Alice, yo te quiero, de verdad. He respetado que no quisieras verme todos estos días... Pero tal vez esto sea una señal. Tal vez, él tuvo que morir para que nosotros nos conociéramos.

—¿Cómo pretendes que te crea después de todo?

—Lo sé, pero créeme. A partir de ahora ya no habrá ningún secreto para ti.

Alice se quedó pensando: «¿Puedo creerle después de todo? Todos cometemos errores y nos merecemos una oportunidad pero, ¿hasta qué punto? ¿Hacer lo que hizo estaba justificado? ¿Todo vale por amor?»

Después de mucho pensar, accedió a que fueran a comer algo.

—¿Todo lo que me decías era de verdad? —preguntó Alice.

—Sí. El que te decía lo que sentía era yo, no Adam. Perdóname.

Cuando acabaron de comer, la llevó a casa de su madre Hannah y su padre Joseph, como ella tanto quería.

—Papá, mamá, os presento a mi novia, Alice.

—¿Es ella tu novia? —dijo Hannah con asombro.

—¡Vaya! Es muy guapa —dijo Joseph.

—Sí, lo es...Es preciosa —carraspeó— Hay algo que debo decir a vosotros también, algo que no he hecho bien; mentí a Alice...

—¿Qué? —dijo su madre Hannah.

—Le dije que era Adam para poder conocerla —respiró hondo y siguió—. Cuando encontré el papel con el número de teléfono, tuve curiosidad de saber qué era. A veces las pequeñas acciones son las que deciden la vida. Y la vida me llevó hasta Alice.

La madre se quedó perpleja. No daba crédito a lo que su hijo estaba diciendo. Tras mucho meditarlo estalló diciendo:

—¡Eso es cruel! ¡Tu hermano hace años que está muerto! ¿Cómo has podido utilizarlo?

—Lo sé y me arrepiento. Me hubiera cambiado por él para que realmente, ella a quien pudiera ver fuera a Adam. En ese momento no podía decirle la verdad, si lo hubiera hecho, la hubiera perdido.

Alex, le contó todo a sus padres tal y como le había prometido a Alice. Ya no habría secretos.

Llevó a Alice a su habitación para que viera sus recuerdos. Le enseñó las fotos que tenía de pequeño. Fotos que tenía junto a sus padres y su hermano Adam. Le enseñó también su diploma de psicología.

—¿Por qué les dijiste que soy tu novia? —dijo Alice

—Porque nunca he dejado de amarte —dijo Adam mirando a los tiernos ojos verdes de Alice.

—Alice, ¿quieres quedarte a cenar? —interrumpió Hannah, que había entrado sin llamar.

—Me gustaría.

Alice cenó en casa de Alex. Le habían preparado pizza. Pizza que hacía Hannah. Joseph le cortó el queso.

Cuando cenaron, Alice pudo fijarse en los cuadros. Había grandes cuadros de Adam y Alex. Sus padres lucían orgullosas imágenes de sus hijos, como trofeos por toda la casa.

—He pensado que te haría ilusión ver esto —dijo Alex mostrándole la habitación de Adam—. Mira Alice, ésta era su guitarra.

Alice, se quedó asombrada. La nostalgia le invadió. Se emocionó y abrazó a Alex.

—Toma, quédate con el papel que le diste a Adam en el hospital —dijo Alex—. Era muy especial para mi hermano, pero ahora quiero que lo tengas tú. Porque gracias a él nos conocimos.

La noche pasó entre charlas y divertidas confesiones familiares. Finalmente y sin pensarlo, Alice iba dándose cuenta de cuánto la quería él y cuánto lo quería ella.

Las horas pasaron volando y le llegó el turno a Alice de irse a casa. Se despidió de los padres de Alex y la llevó a casa.

—Puedes quedarte esta noche si quieres. Estas tres semanas he descubierto que no echaba de menos a Adam si no a ti, Alex —dijo Alice mirando a Alex con los ojos llorosos—. Adam siempre estará en mi corazón, pero de manera distinta. A ti te amo.



En ese momento, Adam se emocionó y besó a Alice. Se quedaron a pasar la noche juntos.

Al día siguiente, cuando Alice despertó, Alex no estaba. Miró a su alrededor y vio una carta. Vio un sobre blanco que ponía: “Cuando te despiertes, ábrelo” Alice sonrió y vio una carta. Ponía:

“Gracias por perdonarme. Te he visto durmiendo y no he podido creerme la suerte que tengo. Encontré a una chica maravillosa cuando no lo esperaba, con unos preciosos ojos que me derriten cada vez que los veo. Esto es mucho más de lo que podría pedir y merezco. Si estás leyendo esto es que ya te has despertado. Te estoy esperando abajo, prometo hacer que te enamores de mí, cada día.”

Alice, bajó a la calle a toda prisa, después de ponerse un vestido verde y unas sandalias. Lo primero que vio fue a Alex esperándole, con una camiseta gris y unos pantalones negros. Ahí esperaba sonriente.

—¿Qué es todo esto? —dijo Alice.

—Todo esto es porque te quiero. Sube al coche, Alice.

Alice, iba en el coche sin entender nada, pasaron por el parque de la estación de Bristol y allí aparcó el coche.

—Aquí fue donde me enamoraste, aquí fue donde quedaste para siempre grabada en mi memoria. Quería traerte donde empezó todo —dijo mientras cogía a Alice de las manos—. Alice, aquí, en este lugar que nos vio estar frente a frente por primera vez, te digo... ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —dijo Alice abrazándole.

Alex le colocó el anillo. Era un anillo de plata y pedrería. El anillo, sólo era un símbolo materializado de su amor. Su amor era lo único valioso.

—¡No me puedo creer que me hayas pedido matrimonio! —Dijo Alice mirando primero a Alex y luego mirándose la alianza.

—Yo tampoco lo tenía planeado, pero cuando te miré durmiendo, mi corazón me lo pidió. Me dijo que me debía atrever, para así tenerte junto a mí por siempre. Bajé mientras dormías a la joyería y todo salió sin planearlo, como mi amor por ti.

Alice, radiante de felicidad llamó a su madre y a su hermano Chris para decirles que se iba a casar. Alex, llamó a sus padres para contarles, también la buena noticia.

## Capítulo 10

*La boda.*

—Abróchame atrás el vestido —dijo Alice a su madre.  
—¡Oh, mírate! ¡Estás guapísima!

Alice, se miró en un espejo enorme donde se veía de cuerpo entero. Se veía resplandeciente. Se sentía feliz por convertirse hoy en una mujer casada. Se veía rarísima con tanto maquillaje, estaba acostumbrada a usar poco. No le gustaba a penas maquillarse y Alex le decía que no lo necesitaba. Miró su enorme vestido blanco con forma de campana. Estaba ansiosa por poder lucirlo en la iglesia. La noche, la pasó casi sin dormir, emocionada por este momento. Rachel, no había dejado a Alice ver a Alex desde ayer. Decía que no podían verse la noche antes de la boda.

—Tu padre William, hubiera estado muy orgulloso de llevarte al altar. Eras su pequeña —dijo una emocionada Rachel.

—Lo sé. No me puedo creer que ya haya llegado este momento —dijo Alice mirando cómplice a su madre—. Te quiero mamá.

Alice salió de casa. Se montó junto a Chris en un coche azul oscuro adornado para la ocasión con flores y lazos blancos. El coche arrancó y se dirigieron hacia la iglesia.

El coche se paró y Alice bajó nerviosa. Habían llegado al templo de piedra. Enfiló las escaleras que ascendían a la puerta de la iglesia. Eran ya las

cinco. Antes de llegar, Alice se paró.

—Estoy lista —dijo Alice, respirando hondo.

Alice, del brazo de Chris, quien la llevaba hoy camino al altar, se disponía a entrar en la iglesia.

Entró en la iglesia poco a poco mientras sonreía y sonaba la melodía que acompañaba a cada paso la entrada de la bella novia.

Al llegar al altar, la esperaba un feliz Alex, con un traje gris y una corbata azul marino.

—Estás hermosa —dijo emocionado Alex.

—Y tú —susurró Alice sonriendo.

La ceremonia transcurrió con normalidad, se dieron las alianzas y el sí quiero. Salieron de la iglesia convertidos ya en marido y mujer hacia el sitio donde iban a celebrarlo, junto a todos los invitados.

El sitio elegido fue unos jardines de un castillo, junto a un lago.

El lugar era hermoso, simplemente mágico y encantador. Estaba rodeado de verde vegetación y una tranquilidad asombrosa.

Eligieron unas mesas redondas con manteles blancos y sillas blancas adornadas con lazos blancos atrás. Un gran centro de mesa de rosas blancas adornaba las mesas de los invitados.

El tiempo del brindis llegó. Los novios inauguraron el brindis nupcial.

—Quiero brindar por Adam. A él le debo conocer a lo más hermoso de este mundo. Ha sido una enorme suerte conocerte —dijo Alex mirando a Alice.

—Yo brindo por ti —dijo Alice sonriendo mientras miraba a Alex y continuó hablando—. Y también, quiero decir que yo antes, huía del amor porque pensaba que amar era depender, pero no era así. Amar es querer la

felicidad de alguien, sea contigo o sin ti, porque el amor es lo contrario al egoísmo. Amar es fluir. Amar es vivir. Para aprender a amar, hay que aprender a vivir con el corazón. Cuando alguien, de verdad te respeta, entonces te quiere. El amor, el que es de verdad, no duele. Y ese amor, lo tengo yo contigo, Alex.

Todos aplaudieron a los emocionados novios.

Hicieron fotos, los felicitaron y llegó el momento de cortar la tarta.

—A tu abuela Margaret, le hubiera encantado ver esto. ¡Adoraba las bodas! ¡Y las tartas!—dijo Rachel mientras Alice y Alex cortaban la tarta.

—Seguro que nos está viendo, mamá.

Momentos más tarde, Alice, lanzó el ramo de novia. Era un ramo de preciosas rosas blancas. Eve, entre risas, lo cogió y lo celebró.

Cuando se hizo de noche, todos los invitados lanzaron globos blancos luminosos de papel, al cielo.

El cielo parecía estar alumbrado por nuevas estrellas.

Sonó una canción de amor y Alex y Alice bailaron un vals mientras los globos iluminados ascendían al cielo.

Llegó el momento de la fiesta y el baile para todos los invitados.

Chris pasó junto al lago. Había bebido demasiado en la fiesta, perdió el equilibrio y cayó al lago.

—¡Tu hermano ha caído al lago! ¡Está borracho y se está ahogando! — avisó Rachel a Alice.

Alex, que estaba junto a Alice y lo había oído, fue rápidamente hacia el lago y se lanzó. Nadó hasta Chris, y lo sacó fuera.

—Chris, ¿estás bien? —dijo Alice.

—Sí —murmuró Chris tendido mientras tosía.

—Muchísimas gracias, Alex. ¡Este chico nunca aprende! —dijo Rachel poniéndose las manos en la cabeza.

La fiesta continuó y bailaron y disfrutaron hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente, llegó el turno de irse de luna de miel. Meses antes habían decidido irse a Bali. A disfrutar de sus playas paradisíacas y desde luego de su amor.

—¡Vamos a perder el avión! ¡Date prisa! —dijo muy nerviosa Alice.

—Ya voy —dijo Alex encontrando por fin su bañador rojo.

—¡Acuérdate del repelente para mosquitos!

Salieron de casa y cuando iban a coger el coche camino al aeropuerto, Alice se puso nerviosa.

—¿Has cerrado bien la puerta de casa?

—Sí. Alice, relájate. Este viaje es para nosotros.

Una vez en el avión a Alice le daba miedo volar. Alex, la cogió de las manos y la tranquilizó. Alice respiró hondo y finalmente consiguió tranquilizarse. El avión despegó rumbo a Bali.

Llegaron a Bali y todo era de ensueño. Aguas azules cristalinas, arena blanca, exóticas palmeras, buen tiempo...

Fueron al hotel que tenían reservado.

—¡Esto es maravilloso!

—Lo es más en compañía tuya —dijo Alex.

Alice y Alex se bañaron en las cálidas y cristalinas aguas. Tomaron el sol en las tumbonas, hicieron fotos...

Fueron a inspeccionar los templos y monumentos con las pesadas mochilas que llevaban y después comieron en restaurantes la comida típica de allí: El arroz balinés. Les pareció buenísimo, aunque era fácil que a Alice le gustara, adoraba el arroz.

Más tarde contemplaron el atardecer sentados en la orilla de la playa.

—Haz que este momento dure para siempre —dijo Alice.

—Durará para siempre en nuestro corazón, como tú en el mío.

Los días fueron pasando entre visitas a la ciudad de Bali, inmersiones submarinas, baños en la playa, visitas a los templos y monumentos...

Tocaba irse a casa y Alice y Adam ya estaban deseando volver.

Fueron unos días mágicos. Días de desconexión total. Sentían una paz que no habían sentido en ningún otro lugar.



## Capítulo 11

### *Encuentro.*

Alice empezaba hoy a trabajar en el hospital. Por fin había acabado la carrera de medicina. Estaba feliz y lista para trabajar. Con la ilusión de una niña se preparó las cosas, se despidió con un beso de su marido Alex y se fue hacia el hospital.

Era la nueva médica de urgencias y allí le esperaban sus primeros pacientes.

A lo largo de la mañana había estado atendiendo de manera amable a muchos pacientes.

Cuando ya casi acababa el turno, entró un paciente que la dejó impactada. Alice se le quedó mirando y pensó: «Es el chico que vi en el autobús y en la excursión de clase al hospital. ¡Vaya! Su parecido con Adam es asombroso. Aquí en mi lista pone que se llama Joe Gray».

—Veamos, ¿tú eres Joe Gray? —dijo Alice mirándolo atentamente.

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Me duele el pie. Me he girado el pie con un bordillo.

—Vamos a ver —dijo Alice sin quitarle ojo de encima.

Cuando ya se iba y le dio la hoja para que lo llevaran a hacerle unas pruebas médicas del malogrado pie, Alice se fijó en que tenía el mismo lunar que tenía Adam en la mano. «¡No puede ser! ¡Es Adam!», pensó Alice.

—¿Te importa que haga una foto a tu pie? Es para hacer unas

valoraciones —dijo Alice.

—No, claro que no me importa.

Alice, le hizo la foto desde lejos para así poder sacar a Adam entero sin que se diera cuenta.

—Ven de nuevo la semana que viene. Tengo que revisar cómo evoluciona —dijo Alice inventándose una excusa para volver a verlo.

Cuando acabó su turno, Alice, se quedó un rato investigando en el ordenador. Puso el nombre, Joe Gray, y vio que era un huérfano que había padecido cáncer. ¿Cómo era posible? Estaba segura de que era Adam Slora.

Alice se fue a casa, recogida por el coche de Alex. Cuando llegaron a casa, Alice, se dispuso a contarle lo que había visto.

—He visto a Adam en el hospital. Y no es la primera vez que lo veo.

—¡Oh, vamos! Cariño, eso no puede ser.

—¿Por qué? —dijo Alice enseñándole la foto del muchacho.

—¡El parecido es asombroso! —dijo boquiabierto Alex.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Sí. Mi madre dijo que murió en la operación.

—¿Visteis el cuerpo?

—No, los del hospital se encargaron de todo.

—Dime qué día fue la operación y a qué hora —pidió Alice.

Alice, estaba decidida a investigar mañana. Estaba segura de que debía tratarse de una confusión. Que realmente, Adam seguía vivo.

Como cada mañana, se levantó, se despidió de Alex y entró a consulta. Esperó hasta acabar su turno y luego, sacó los apuntados datos que Alex le había dado de Adam Slora. Buscó los datos de Joe Gray en su historial.

Alice se quedó ojiplática: A los dos los habían operado el mismo día y a la misma hora. Ahora estaba completamente segura de que ese muchacho, era efectivamente, Adam Slora.

Alice hizo una foto al historial y se marchó a casa. Quería tener pruebas de lo que estaba diciendo.

Cuando llegó a casa, le enseñó a Alex la fotografía que había hecho a los datos de Joe Gray.

—¡Es asombroso! ¡Todo coincide! —dijo un impactado Alex.

—Sí. No hay dudas. El que murió fue Joe Gray. Tu hermano sigue vivo.

Una nueva mañana llegó y con ella, llegó el turno de Alice de ir a trabajar. Se despidió de su marido Alex como todos los días y entró a trabajar. Entre muchos pacientes, entró finalmente Joe Gray a consulta, para que Alice le revisara el pie.

—¿Qué tal te encuentras? —dijo Alice mirándolo atentamente.

—Bien.

—Oye... ¿Me recuerdas?

—Sí, eres la médica que me atendió hace una semana.

—Sí, pero también soy alguien que conociste mucho antes.

—No.

—¿Te suena este papel? —dijo Alice enseñándole el papel donde ponía ‘mi mejor medicina’.

Alice pudo ver cómo Adam se quedaba callado.

Pareció quedarse impactado. Alice, pudo también ver cómo le cambiaba la cara. Parecía desconcertado. Finalmente dijo:

—Sí. Eres Alice, mi mejor medicina —se quedó unos segundos callado y siguió—. Cuando desperté de la operación estaba solo. No había nadie. Creí que había muerto. Cuando las enfermeras me llamaron por otro nombre no sabía qué estaba pasando. Creí que había muerto y había vuelto a nacer bajo ese nombre. No entendía nada. Cuando abandoné el hospital, estuve viviendo con unas monjas, creyéndome huérfano. Estaba muy solo. Supuso un verdadero trastorno para mí. De repente, no ver nunca más a mi familia. Creí que había sido un sueño. ¡Era sólo un niño! Gracias por hacerme recordar. Gracias por hacerme ver que sí te conocí en realidad y que no fue un sueño.

Alice se quedó fría, rompió a llorar. ¿Cómo le había podido pasar todo eso? Tuvo que ser horrible para él, siendo sólo un niño.

—Los médicos debieron intercambiar las fichas de los dos, cuando os transportaban a quirófano —dijo Alice sintiendo pena por el niño que un día conoció y añadió—. Quédate aquí hasta que termine el turno y luego ven conmigo.

Alice, cuando acabó, lo llevó hacia el coche de su hermano Alex, que estaba esperando en la puerta. Alice se sentía feliz de que ahora Alex pudiera volver a estar con su hermano.

—¿Adam? ¡No puedo creer que estes aquí! No todos tienen la suerte de volver a ver a alguien a quien han perdido. Te echábamos tanto de menos. ¡Eras tan especial para nosotros! —dijo Alex llorando de la emoción—. Tenías razón, Alice. ¡Estaba vivo!

Alice, Alex y Adam se dirigieron en coche a ver a los padres de Adam, Hannah y Joseph.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó llorando Adam.

—¿Adam? ¿Eres tú? —dijo Hannah sobrecogida.

—Sí, mamá, soy yo.

—¿Cómo? ¡No puede ser!

—Sí, de verdad, mamá soy yo —dijo Adam enseñándole las marcas que tenía de nacimiento.

—Es increíble que pueda verte, que pueda tocarte... Hubiera dado todo por volver a verte y ahora estás aquí. ¡No puedo creerlo! —dijo Hannah mientras rompía a llorar.

—¡Oh, Adam! Te he echado tanto de menos... ¡Esto es un milagro! —dijo emocionado su padre Joseph.

Alice, les explicó a Hannah y Joseph que había habido un error. Que los médicos cuando los transportaban a quirófano intercambiaron las fichas de los datos personales de los pacientes. Intercambiando así la identidad de cada uno.

—¡Mi pequeño! No puedo creer que estés aquí. ¡Siento mucho que hayas pasado por todo eso! —dijo Hannah dándole un abrazo a su hijo.

—¡Tenemos tantas cosas que contarte! Tu hermano y Alice, se casaron —dijo Joseph.

—Sí... verás, me hice pasar por ti... —masculló Alex.

—¿Cómo? —dijo Adam.

—Sí. Quería saber qué era el papel ese que había en tu cuarto con el nombre de ‘mi mejor medicina’ y conocí a Alice. Cuando la vi sentí algo que nunca antes había sentido. Lo siento —dijo un avergonzado Alex.

—No pasa nada. Alice y yo éramos solo muy buenos amigos. ¡Era mi compañera de aventuras! Fue mi mejor medicina. Me alegra que esté contigo. Está con alguien que la merece. Es una chica especial.

—Lo es. Es la mejor chica que un chico como yo podría tener —dijo Alex mirándola a los tiernos ojos.

—Y tú para mí, Alex —dijo Alice mirándolo con ternura.

Se quedaron todos reunidos en casa de Hannah y Joseph, poniéndose al día entre alegría e ilusión.

No recuperarán el tiempo perdido con Adam. Pero tenían un bonito presente y un buen futuro por escribir.

La vida les había dado la oportunidad de disfrutar de Adam, de nuevo.